

## Sentido, depresión, verdad

Berardi, Franco

Salud / Sociedad

La depresión no es reducible al campo de la psicología. Esta interroga al fundamento. La depresión melancólica puede ser entendida en relación con la circulación del sentido.

Situado frente al abismo del no ser del sentido, el amigo habla al amigo, y juntos construyen un puente sobre el abismo del no sentido.

La depresión interroga la fiabilidad de este puente. La depresión no ve este puente. Lo ha perdido de vista. O, quizá, ha visto que no existe. La depresión desconfía, incluso, de la amistad, o no la reconoce. Por consiguiente, no puede percibir un sentido porque el sentido no existe más que en el espacio de lo compartido.

El sentido es proyección de una inversión cognitiva y emocional. Podríamos decir que el sentido es el efecto de una inversión libidinal en la interpretación, en la construcción de significado. El último libro de Deleuze y Guattari, *¿Qué es la filosofía?*, contiene reflexiones sobre la vejez, sobre la amistad, sobre el caos, sobre la velocidad. Se asoma el tema (en otros lugares de sus bibliografías siempre removido o explícitamente negado) de la depresión:

“El caos se define menos por su desorden que por la velocidad infinita con que se esfuma cualquier forma que se esboce en su interior. Es un vacío que no es una nada, sino un virtual, que contiene todas las partículas posibles y que extrae todas las formas posibles para desvanecerse en el acto, sin consistencia ni referencia, sin consecuencia. Es una velocidad infinita del nacimiento y del desvanecimiento...”.

Y también:

“No hay nada más doloroso, más angustiante, que un pensamiento que se escapa de sí mismo, que las ideas que huyen, que desaparecen apenas esbozadas, roídas ya por el olvido o precipitadas en otras ideas que tampoco dominamos. (...) Son velocidades infinitas que se confunden con la inmovilidad de la nada incolora”.

La aceleración infinita del mundo respecto de la mente es el sentimiento de estar definitivamente aislado del sentido del mundo. E

inmediatamente se transforma en no recordar más aquel sentir que es el sentido.

El sentido no es lo que encontramos en el mundo, sino lo que somos capaces de crear. Es lo que, circulando en la esfera de la amistad, del amor, de la solidaridad social, nos permite encontrar sentido. La depresión puede ser definida como una falta de sentido, como una carencia de la capacidad de encontrar sentido en la acción, en la comunicación, en la vida. La incapacidad de encontrar sentido es, sin embargo y ante todo, incapacidad de crear sentido.

Pensemos en la depresión de amor. El enamorado concentra la creación de sentido en torno a la persona que es objeto de su deseo. El objeto del amor se vuelve aquello que atrae la energía deseante. Si este objeto falta, la capacidad de creación de sentido se anula y, por lo tanto, ya nada tiene más sentido en el mundo. "Ya nada tiene más sentido para mí", dice el enamorado abandonado, y esta frase tiene un significado preciso, no metafórico.

Julia Kristeva escribe en su *Sol negro. Depresión y melancolía*:

"El humor depresivo se constituye como un soporte narcicista negativo, ciertamente, pero, sin embargo, capaz de ofrecer al yo una integridad incluso no verbal. De esto deriva que el afecto depresivo supla a la invalidación y a la interrupción simbólica (a el "no tiene sentido") y, al mismo tiempo, lo proteja contra el pasaje al acto suicida. Esta protección es aún frágil. La Verleugnung, el reniego depresivo que aniquila el sentido de lo simbólico, aniquila también el sentido del acto y lleva al sujeto a cometer el suicidio sin angustia de desintegración, como una reunión con la no integración arcaica tanto más letal cuanto jubilatoria, oceánica".

Si consideramos la depresión como suspensión de la posibilidad de compartir el sentido, como el despertar en un mundo sin sentido, debemos decir que, desde un punto de vista filosófico, la depresión es, simplemente, el momento más cercano a la verdad.

El depresivo no pierde, en absoluto, la capacidad de elaborar racionalmente los contenidos de su experiencia y los de su saber; es más, su visión puede alcanzar una radicalidad absoluta de la comprensión. La depresión permite ver aquello que habitualmente escondemos a nosotros mismos a través de la circulación continua de la tranquilizante narración colectiva. La depresión ve lo que el discurso público esconde. La depresión es la mejor condición para acceder al vacío, la última verdad.

Al mismo tiempo, sin embargo, la depresión paraliza toda capacidad de acción, de comunicación, de intercambio. Precisamente

por este aspecto, que es psíquicamente secundario y pragmáticamente decisivo en la inhibición del acto, actúan los psicofármacos de la familia de los antidepresivos.

No intento negar que los fármacos puedan tener eficacia sobre los síntomas de la depresión y no niego, tampoco, que removiendo los síntomas se pueda volver a poner en marcha una energía temporalmente paralizada y, de este modo, superar el núcleo mismo de la depresión. Pero subrayo el hecho de que la depresión es otra cosa respecto de sus síntomas, y que la cura de la depresión no puede tener otro camino que el hacerse cargo de la singularidad impermanente (o de la impermanencia de lo singular).

=====

Autor: Franco "Bifo" Berardi

Fuente: Extraído de su libro Generación Post-Alfa: patologías e imaginarios en el semiocapitalismo.

=====